

Una cita de las *Epístolas a Lucilio* del filósofo hispano-latino Séneca da apertura al libro: "Más frecuentemente nos aflige la fantasía que la realidad". Estas palabras de Séneca nos advierten que los textos integrantes de *Los dientes de Raquel* se vitalizan a instancias de un extraño ritmo generado en ese poderío majestuoso y fulgurante de la imaginación; en consecuencia debemos disponernos para entrar en variados territorios movedizos donde todo acontece por encima de lo ordinario aparente, recomendándose despojarse de la lógica, pues su uso depararía decepciones y engeueceríamos inevitablemente ante un panorama de sustanciales posibilidades imaginativas. En este punto confesamos que es justamente esa posibilidad de inventar mundos, con sus propias leyes, su propia y resplandeciente vida, la potestad más bella y original de la literatura.

Dos elementos capitalizan la materia de los cuentos: en primer término el absurdo, en su expresión literal de antítesis de lo ordinario, y en segundo término el humor que en ciertas ocasiones alcanza indecisos tonos de esa otra categoría del humor tan sabiamente utilizado por los surrealistas: el humor negro, el cual inicia en el lector una sonrisa trocada de inmediato en mueca. Como exponente ejemplar de lo primero señalamos el cuento "Los dientes de Raquel", donde una muchacha muerde una manzana que aprisiona sus dientes, luego estos se independizan y devoran a Raquel y su mamá, y después regresan a la boca de Raquel quien pide entonces a su mamá que le compre una manzana e iniciar de esta manera otra vez el ciclo intermina-

ble. En "Los brazos de Kalym", un hombre se arranca los brazos y los tira al abismo porque se cansaba de ellos, pero lo extraño es la forma infinita de arrancárselos: el izquierdo con el derecho y viceversa, expresando al final: "...mis brazos son algo muy extraño. Olvidemos eso por ahora y vayamos a dormir —dijo Kalym abrazando a su mujer". Aquí el humor colinda con el absurdo, propiciando en el lector el asombro natural que resulta cuando nos contactamos con las dimensiones de la magia.

Aparte de la vigencia de estos elementos encuentro uno para mí singular, ubicable en el texto "Lucía, las amapolas y el sol". Se trata de un texto de efectiva realización literaria, donde lo imaginario, verbal, coexiste milagrosamente con lo real. Lucía es proyección de sus propias imágenes sin marginarse definitivamente de lo cotidiano. Texto, donde lo poético y lo fabuloso se equilibran con naturalidad.

Los elementos señalados estigmatizan al libro que, con certeza debe propiciar asombros y enjuiciamientos por parte de la crítica literaria nacional, en la medida de que es organismo literario estructurado desde un ágil y probado talento literario. No juzgamos exhaustivamente todos los cuentos, pues nos parece que los abordados presentan categoría de paradigmas que son puntos de partida para el desentrañamiento de la cosmovisión de Jiménez Emán.

Jesús Serra

---

Blas Perozo Naveda, *Babilonia*. Editorial Universitaria de la Universidad del Zulia. Maracaibo-Venezuela, 1971.

---

Si hay una ciudad en el mundo abierta a la poesía, en razón de su oscilación entre extremos, del torbellino de imágenes que genera de día y de noche, esa ciudad es Maracaibo, caótica y extraordinaria —según la visión del poeta José Antonio Castro— como la Alejandría de Durrell. Blas Perozo Naveda —falconiano de nacimiento— y maracucho de formación— no podía escapar el poderoso influjo de esa ciudad al margen del lago y ha escrito su *Babilonia*, ganador del primer premio de poesía en la Universidad del Zulia, correspondiente a 1.970 y publicado en 1.971. Con el presente libro su bibliografía alcanza a dos, siendo el primero *Cain* que logró el segundo lugar en el citado concurso, correspondiente a 1.969.

En lo que se refiere a la temática debemos afirmar que es una sola: la ciudad de Maracaibo, cuya presencia plena se desplaza cíclicamente por el libro ya siendo el "lugar y sitio para amar" como la "ciudad desparaíso". La visión del poeta alcanza una ciudad de contrastes que por presión de sus elementos va a transfigurarse en una Babilonia, el viejo símbolo de la ciudad donde todo acontece, aluvionalmente, y sin sentido. Una ciudad que se cierra por momentos sobre la entidad del poeta, hasta asfixiarlo y propiciar los siguientes versos: "Pero las trampas definitivas han ido creciendo/ Apenas si respiras con la certeza de vivir hacia ninguna parte...".

Es evidente que la dureza de esta realidad citadina se encauza con naturalidad en el

libro y libera la interioridad del poeta de tan pesado lastre; se cumple así una esencial función de la literatura: la catarsis, después de la cual vendrá el reposo y consecuentemente el reconocimiento de la realidad padecida como un objeto de amor generado en el fondo, por efectos de un odio visceral en respuesta a un desajuste entre tal realidad y la idea del poeta. Creemos que el poema donde el reflejo del dolor del poeta por la incongruencia con el medio resulta más diáfano y vivo es el poema de la pág. 36: "El fuego apagándose/ Tu corriendo a tu único encuentro/ Estás en el castigo/ Son apenas las llagas/ y la risa/ La única risa de siempre".

Se trata en fin del resultado de la convivencia en un nivel profundo con una ciudad múltiple, de los desgarramientos y los éxtasis, de los ayuntamientos y separaciones en medio de un fulgurante ritmo vital. Se ha dado un contacto entre esencias, las del poeta y de la ciudad, luego vertidas y perdurabilizadas en el poema que resulta sólido por su jerarquía literaria e intenso por sus destellos vitales.

Por otra parte contemplamos una escritura natural, ajustada a un fresco ritmo de confesión de unas visiones. No se observa en ninguna parte muestra de violentación del lenguaje: en caso de que así fuese lo veríamos como una falla, pues contradiría la fuerte serenidad de las visiones generadas desde lo más íntimo.

Por último nos preguntaríamos ¿cuál es la cosmovisión del poeta? Es una cosmovisión apocalíptica y paradisiaca sorpresi-

vamente simultánea. La ciudad se equilibra sabiamente entre el bien y el mal.

Jesús Serra

#### OTRA VEZ "PIEDRA DE MAR"

Ennio Jiménez Emán.

En nuestro país parece en realidad ocurrir con los escritores lo que dice Orlando Araujo: los que no se entregan al derroche supermillonario de nuestro estado petrolero ocupando puestos burocráticos, aceptando becas y precarios sueldos, andan en perpetuo exilio por calles, bares y pensiones, dados a la libasón, fuera de la educación y la cultura oficial. Lo malo es que también estos últimos solitarios de medianoche, matadores de brújulas, terminan siendo consagrados, recibiendo dinero de la oficialidad y otorgándoseles premios a su desarraigo y su desesperanza. Lo bueno es que entre los primeros hay mucha gente honesta que gana poco, y lo poco que gana ahí mismito le gasta sosteniendo su prolífico cuadro familiar, amarrándose soberanas peas —por que estos también beben como los mil diablos— y acostándose con hembras deslumbrantes; trabajan mucho, viven bien con poco dinero y no poseen cuenta bancaria. En este tremendo y paradójico parece desenvolverse casi toda la problemática del escritor venezolano.

Francisco Massiani (n. en 1944), es uno de esos solitarios de medianoche que lo que gana ahí mismito lo gasta cuando se desbanda sobre los bares de la República del Este. Pero no es que sea un holgazán. Habla claro y con lucidez, y su literatura es reflejo de una circunstancia social,

cultural y política. Sólo que en sus obras no hay pseudo-compromisos politiqueros, propaganda demagógica, o consejitos morales de izquierda o de derecha. Escribe para despojarse. Y para retratar a una sociedad que conoce muy bien, que se derrumba en pedazos y que quiere salpicarlo a uno como la mierda cuando choca con el ventilador. Massiani es uno de los buenos cuentistas y novelistas que han aparecido en el país en los últimos años.

Escribe con palabra limpia y auténtica, arrancándose el pellejo, sobre lo que ha vivido, lo que siente, lo que hizo y quiso hacer.

Para el que vive intensamente su adolescencia, masticando inconformidades, luchando a capa y espada contra las trampas que le impone la sociedad para amordazarlo, aquella será un tremendo suplicio, y, en el caso del escritor, carnada codiciada por hienas y chacales, habrá que responder "con la rabia del perro mordido en las esferas". Massiani responde con desenfado.

Este suplicio de pertenecer a una clase social con la que se identifica en efecto, pero no en ideología, de ver hacia atrás con cierta nostalgia por las personas y cosas que se van deteriorando está en *Piedra de Mar*, donde Massiani trata de aprehender ese período fundamental de su vida a medio camino entre la juventud y madurez. Se le ponen los pelos de punta —¿y a quién no?— cuando piensa en el paso del tiempo, en la muerte de lo vivido y se lanza a la *recherche* de esas andanzas de adolescencia para dejarlas en un libro. Producto: *Piedra de Mar*, desesperada, vital.

Massiani narra, casi de manera involuntaria, con una escritura banal, indiferente, despojada de psicologismos baratos y aburridos. La vida aflora, se respira constantemente en esta novela, fresca crónica del